

de hacer al hombre; y que en el caso de la humanidad misma, continúa aún practicando, mejorando siempre, en otros términos, que prefirió hacer gradualmente el universo a hacerlo de una vez?

El universo empieza en el caos y termina en las estrellas. Lo mismo el hombre.

Pero lo que quiero decir aquí, es que del desorden ha salido la ley; de lo informe, la forma; de los montones incipientes de fealdad, la gracia y la belleza; de la arena y de la roca, el edificio; y del polvo, tras de una evolución de millares de años, pasando por las formas de reptil, pez, ave y bestia, el hombre.

Los errores, o llamémoslos imperfecciones, no significan deterioro sino desarrollo. La tendencia, en cuanto nos es posible comprenderla, no es hacia el desorden sino hacia la organización. Las cosas no tienden a disolverse en sus elementos originales; sino, al contrario, los elementos originales se están combinando y recombinando constantemente para formar organismos más completos. No hay el menor síntoma de vejez, fracaso o deterioro en el universo. Se mantiene eternamente joven. Sus errores lo hacen progresar y su marcha parece consistir en una serie de caídas.

Aprende de todo esto el secreto que te sirva de guía, a saber: que un error no significa que hayas perdido, que el fracaso de hoy significa simplemente mejor preparación para mañana, que la desesperación es mera ignorancia y cobardía, pues no hay un error que no pueda enmendarse.

«Constantemente empezamos a vivir de nuevo (*Nous recommençons toujours à vivre*)», dijo Montaigne.

¿Quién no se da cuenta de esto? El presente nunca ha sido del todo satisfactorio. Este día omitimos hacer algunas cosas, hicimos otras de más, y el día entero no fué sino un bosquejo de prueba, un ensayo. Mañana lo haremos mejor.

Y mañana en nuestras manos inexpertas es mejor que hoy. La vida no es algo largo, medido por años; sino algo corto, de la longitud de un día solamente.

Cada día tratamos de hacer de ella algo que valga la pena. Cada noche volvemos a morir y recobramos energías para otro esfuerzo.

Y así seguimos constantemente, como pule el óptico el lente a fuerza de infinitos frotamientos.

Es una locura decir que «todo ha concluido». Nadie puede considerarse arruinado mientras tenga otro día para ensayar de nuevo. Cada día es un día de nacimiento y cada anochecer es un día del juicio. Lo importante no es, pues, preguntarse «cómo puedo evitar

cometer errores», o «¿por qué los cometí?» sino «¿de qué manera puedo aprovecharlos?» Podemos considerar nuestros errores como hechos inalterables del pasado y de gran utilidad en el futuro. Los errores pueden debilitarnos; y pueden enseñarnos y fortalecernos. Se les puede utilizar y obtener de ellos mayor fruto que el que puede obtenerse del buen éxito.

Para hacer esto *no hay que tener miedo*.

Prosigue en tu empeño. Cree en ti mismo. Tú eres invencible. La batalla no está perdida mientras tengas una pierna para sostenerte y un fusil para disparar. No hay tragedia donde no hay debilidad. Aun en la destrucción y en la muerte el verdadero héroe se levanta invencible. Tus enemigos pueden privarte de tu dinero, y de tu libertad, pueden torturarte, pero no pueden vencerte, como no pueden extinguir una gran llama con la mano. El hado mismo no puede abandonarte si obras con valor. A la larga, el universo se retira cansado ante el alma que no teme. Digan lo que digan las teologías, sólo hay un pecado imperdonable en la naturaleza: tener miedo.

El valor es una de las virtudes esenciales. Fué la primera flor de dominio que floreció en la raza humana. Es la virtud universal. Hay muchas tribus salvajes que no han conocido el nombre siquiera de algunos de los más excelentes principios morales de nuestra civilización; pero nunca ha existido tribu alguna que no reverencie el valor.

Siempre hay pretextos para dimitir. Las excusas para compadecerse a sí mismo son fáciles de encontrar. El mundo está lleno de espinas y de crueldades y de motivos de pesar. El valor es la sinrazón divina contra la que se estrellan siempre las olas del desastre.

Debes decirte a ti mismo: «Soy invencible. Tendré que lograr mi objeto. En el centro de la creación se asienta, no un enemigo, sino mi mejor Amigo. Lograré mi objeto ¿Cuándo? ¿Cómo? No lo sé; pero alguna vez lo lograré. Suceda lo que suceda, nunca me declararé vencido. No soy una molécula despreciable, un átomo en un rayo de sol, un gusano; soy un hombre y me portaré como tal.

FRANK CRANE

El decálogo del niño norteamericano

EN los años 1916 y 1917, el Instituto Nacional de Educación Moral, que tiene su asiento en Wáshington y ramificaciones en todos los Estados de la gran República, ha emprendido el establecimiento de un código moral para los niños. Su aspiración es la de que «Nuestros hijos sean mejores que nosotros—mejores físicamente, intelectualmente, socialmente y moralmente—». Se ha abierto un concurso, y un bienhechor anónimo ha tomado a su cargo los gastos y ha ofrecido un premio de cinco mil dólares al autor del mejor manuscrito. Se han presentado setenta Memorias. Una Comisión muy competente ha empleado cerca de un año en examinarlas, y ha escogido, en fin, la de Mr. William J. Hacthins, profesor del Colegio de Oberlin, en el Ohio. Aunque este trabajo sea obra individual, las circunstancias que han presidido su redacción y la selección realizada ofrecen la garantía de que corresponde a tendencias generales de la enseñanza norteamericana. El Código contiene diez mandamientos o leyes de buena conducta que debe observar el niño, como las han observado los mejores entre los norteamericanos:

«1º Consérvate sano». El buen norteamericano se esfuerza en adquirir una salud perfecta y en conservarla. «2º Mantente dueño de ti mismo». «3º

Ten confianza en ti mismo». «4º Hazte digno de la confianza». Será más grande el país mientras mayor sea la confianza de unos ciudadanos en otros. «5º Juega limpio». El juego legal ejercita y aumenta nuestro vigor y nos ayuda a ser más útiles a nuestro país. Es preciso perder sin rencor y ganar sin orgullo. «6º Cumple tu deber». «7º Realiza bien tu labor». La prosperidad de nuestro país depende de los hombres que han aprendido a hacer como es debido las cosas que es preciso hacer. «8º Aprende a trabajar con los demás». El buen norteamericano trabaja en cooperación amistosa con sus compañeros. «9º Sé bueno». En Norteamérica tienen que vivir juntos los hombres de razas, colores y condición diferente. A pesar de las diferencias, Norteamérica forma un gran pueblo. Toda falta de bondad perjudica la vida común; todo acto de bondad la favorece. Hay que ser bueno en los «pensamientos», en las «palabras» y en los «actos». «10. Sé fiel». Para que Norteamérica sea cada vez más grande y mejor, es preciso que sus ciudadanos sean leales y religiosamente fieles en todas las relaciones en que la vida les arrastra.

Tal es el catecismo en que los norteamericanos han reconocido lo mejor de su conciencia. Se notará la naturaleza